CAPITULO IV.

La Honra Militar.—Falsa Grandeza.—Pretextos.—Causas de la Impopularidad de Juarez en 1871.—Gratitud del Pueblo.—Virtud y Popularidad.—Los Elementos de la Revolucion.—La Frontera del Norte y el "Plan de la Noria."—Caudillos Fronterizos.—Fiasco.—Rocha y Alatorre.—Batalla de "Topo Chico."—Paralelo entre Juarez y Diaz.—Muerte de Juarez.—Nuevo Presidente.—El "Segundo en Turno."

Llegamos á un punto culminante de la historia del Sr. General Díaz. Los galones no se prostituyen más que una vez en la vida del soldado; las reincidencias son de menor efecto. El HEROE transformado en CONSPIRADOR, iba á degenerar en CAUDILLO REVOLUCIONARIO. Es verdad que la fortuna le seguiría de cerca, tras el primer fracaso, pero, en todas las prostituciones hay grandezas: Mesalina reposaba de sus eróticas faenas de la Suburra, reclinada en cogín de seda, recamado de oro y forrado de púrpura. Nunca un tirano pudo apreciar en vida el valor de sus obras.—El desmoronamiento cubre el volcán: la maza de un cíclope lo ha causado. La Primavera extiende el césped y las flores en la improvisada planicie; mas, la entraña tiembla y ruge en silencio.—Los tiranuelos de peor estirpe, los más depravados, saben imponer silencio, hacer la paz, y, sobre todo, impulsar las "mejoras materiales y el comercio é industria," (que, dicho sea de paso, nada, absolutamente nada tienen de común con las virtudes cívicas). En se-

te particular Nerón mismo mereció las alabanzas, nada menos que de Suetonio, por su actividad en la construcción de caminos—"opera magna potius quam necessaria"—como dice el descontentadizo historiador; pero no por ello menos útiles para la grandeza romana, como observa Procopio. Hasta las artes florecen bajo las tiranías. Augusto y Luis XIV, tuvieron grandes poetas: eso es natural, también en los campos desolados cantan las aves: todo lo que necesitan para ello, es que se las escuche y se las admire sin hacer ruido. Por eso el silencio de las tiranías, en algunas partes, ha producido atildados poetas.

El campo de la guerra, no era un campo nuevo para Díaz; pero lo era el de la revolución. Debió haber sentido remordimientos; quizás por eso vaciló tres años. ¿Y contra quién: contra quién iba á revelarse? ¡Contra Juárez!—¿Por qué?—Porque, porque..... ¡la *Constitucion!* Eso es, la *¡Constitucion* y los amigos "abandonados!".... ¡Cómo hay crímenes grotescamente cómicos! En los días presentes, cuando el Dictador ha pasado á caballo por sobre toda la legislación mejicana, por sobre todo respeto y toda justicia, no podría hablar sin ruborizarse (aunque tuviera el rostro de piedra) de los pecadillos de Juárez.—¿Y de los *catorce* cacareados años de su gobierno? ¿Qué podría decir *ahora* el Dictador de Méjico? Cada día que pasa le condena. Cada noche una voz debe gritarle" ¡ACUERDATE!" en el fondo de su conciencia.

No es cierto, sin embargo, que haya sido impopular, en toda la República, la Revolución de la Noria. Porfirio Díaz llevaba un nombre prestigioso, había hecho historia para el intelectual y leyenda para el pueblo; pero, por encima de todo, traía este llamamiento: "nunca había revolucionado." El atractivo de "Díaz Revolucionario," era fascinador: picante, maligno, hilarante, como la perversidad de las vírgenes. Era una copa de ajenjo en nuestros viejos festines de sangre.

Juárez, por el contrario, era un hombre *gastado*: la gloria sacia también. Arístidis, renombrado *El Justo*, detuvo un día á uno que acababa de votar por su destierro.

—Qué crímen ha cometido Arístides, le preguntó, para que le juzgues merecedor de tan cruel castigo?—Si no le conozco! replicó el interpelado, pero me choca haya hecho tanto, para que entre todos le hayan escogido para llamarle *El Justo*. "Ut præter ceteros Justus apellaretur."

El pueblo estaba cansado de la gloria de Juárez. Sólo lo más intelectual de Méjico le apoyaba. La gratitud no es atributo de las masas sociales. Fidias fué condenado á prisión (y murió en ella), casi al día siguiente de haber divinizado á los dioses bárbaros de la Grecia, y de haber colocado á Athena Lemnia á una altura tal, que los siglos pasarían bajo sus pies inclinándose. El pueblo no ama á los buenos, así como tampoco ama á los sabios. Los Emperadores más corrompidos—Nerón, Cómodo, ó Heliogábalo—fueron más queridos que los Gracos y Pompeyos. Y es que el pueblo aborrece la monotonía y el bien es siempre monótono. No hay nada menos atractivo que un hombre bueno. Remangaos los brazos, coged la entraña palpitante de una víctima y devoradla ante la muchedumbre, y ésta os aplaudirá con rabia: ya se representó esa escena, con éxito, durante los negros días del TERROR, en París, cuando el soldado Damiens se llevó á la boca el corazón caliente aún del general Laleu, á quien acababa de asesinar y de arrancárselo.

Ya en 1871 Juárez no era popular: la opinión pública se estrellaba ante un *respeto*, no ante una *popularidad*; no la sujetaba el terror, tampoco, ni la impulsaba la inquina; pero se detenía ante.....¡ JUAREZ! ¿Para qué decir más? Tal nombre bastaba para despertar en la mente, ideas ó impresiones que no se definen, que no se expresan y que obran como una convicción incompleta, pero tenaz; y la cual da orígen á actos volitivos, casi inconscientes, pero irresistibles. "La mano se abre y el arma cae."—¿Miedo? ¿Arrepentimiento?—¿Reacción?—Nó; algo mas hondo: SENTIMIENTO.

No era posible darle una puñalada á Juárez, sin descubrirse antes á su presencia. Es verdad que otros se han descubierto después; pero también está bien hecho.

Al emprender la campaña, y aun con anterioridad, el Caudillo sabía á qué atenerse. No solamente contaría con su fiel hermano, Don Félix, con el siempre inquieto Gral. García de la Cadena, ó con el auxilio exclusivo de Jiménez, Mier y Terán, Méndez, y otras "víctimas del *abandono* de Juárez, sino con todos los preteridos, todos los rezagados del Presupuesto. Y eso sin contar con los nuevos *aliados naturales*, en vías de serlo políticamente y con los cuales ya estaba en más que mediano acuerdo, según dejamos asentado.

Para infundir confianza á éstos—los clericales vergonzantes—los apologistas del Sr. Díaz ponían de relieve la "magna parte" que él había tomado, como representante *del pueblo*, en la promulgación de la reciente Ley de Amnistía, de 13 de Octubre de 1870.

Era entonces diputado el novel conspirador, y con los fueros de tal, en la Capital de la República, pudo disponer convenientemente los preliminares de la sedición.

No; no sería justo tildar de festinado, y mucho menos de necio, al Sr. Gral. Diaz, al alzar la bandera roja en 1871. Su obra fué bien tramada, casi esquisita; mas, á su éxito se opusieron.....las espadas de Rocha y Alatorre. Además, como se verá en "ORGIA TUXTEPECANA," (que es el tomo siguiente de esta SERIE), la muerte de Juárez produjo una reacción tremenda en toda la República.

Contaba, fuera de lo expuesto, el Caudillo Revolucionario, con un gran contingente: la Frontera del Norte. No ignoraba, á buen seguro, que de allí le vendrían secuaces aguerridos, populares, y, sobre todo, de buena fe. En Nuevo León y Tamaulipas, principalmente, había dos gerarquías militares; liberales ambas, pero de distintas tendencias y tradiciones. La una había heredado los vetustos resentimientos hacia el Centro—donde "fronterizo," "payo" y "rebelde" eran sinónimos;—la otra era la emancipada, (si así podemos expresarnos), cuyas miras políticas eran más extensas, menos localistas. La primera hallábase personificada por Zuazúa, Vidaurri y Arramberri; la segunda por Zaragoza, Juan José de la Garza, y Blanco.

Productos de la primera fueron, Treviño, Naranjo, Vara, Cisneros y el ilustre Garza García; en tanto que la segunda contó mayor número de hombres de letras que de armas. Los Garza Melo, Prieto, Galindo, Garza Evia y Z. Gómez, fueron sus campeones en el orden civil, y Escobedo y Garza Ayala en los combates. De haber vivido y conservado sus energías hasta el 71, indudablemente Zuazúa y Arramberri hubieran combatido al lado de Treviño y Naranjo, así como Zaragoza y Blanco hubieran engrosado el efectivo de las fuerzas federales. Se ve, pues, que la primera de estas dos divisiones profundas de fronterizos, tenía tendencias guerreras; la segunda, más bien civiles. En tanto que la una pretendía imponerse, la otra sólo quería gobernar. Ambicionaba aquélla el lustre de la Frontera septentrional, por si misma; ésta procuraba lo mismo, pero como parte integrante de la República, esto es, compartiendo el bien común. En suma, dadas las naturales tendencias localistas de todos los pueblos—tan naturales como en los hombres el egoismo—gozaba la primera de simpatías más hondas y más extendidas. Treviño y Naranjo encarnaban el verdadero espíritu fronterizo; Garza Ayala y Escobedo eran los "emancipados del localismo." Y por ser esto así, años después del triunfo de la última revolución porfirista, consecuentes con su pasado, ayudaron al Gral. Reyes en el desarrollo del porfirismo en la Frontera, hasta que esa política degeneró en *centralismo* brutal y rojo: entonces los próceres del garzayalismo tendieron la mano á sus antiguos adversarios y todos los fronterizos se unieron.....

En Coahuila tampoco había simpatías hacia el Centro, y sólo disidencias locales, de Estado á Estado, pudieron conducirle por el buen camino. La Frontera del Norte, cómo Yucatán y Tabasco, no podían perdonarle al Centro—amén del desprecio con que se veía á sus habitantes—la carencia de ayuda, el abandono en que se la había tenido durante su larga lucha sin cuartel con el salvaje. Así fué que los hombres del *Interior*, grandes y todo, hallaban entre nosotros pocos partidarios decididos. Don San-

tos Degollado fué especialmente aborrecido; siendo nada menos que Ministro de la Guerra, el Gobernador Vidaurri (decreto de 5 de Sept. 1859), le puso "*fuera de la ley.*" Esto da una medida exacta de la moralidad de los tiempos.

Cuando Díaz le arrojó el guante al Gobierno legítimo, su movimiento fué popular en Nuevo León y Tamaulipas, principalmente, y por serlo, con Treviño y Naranjo se alistaron, no solamente individuos del pueblo, ni tan sólo de los que, en más alta esfera, hacen carrera de la política, sino aristócratas acaudalados, como D. Manuel Tárnava y D. Exiquio Steel.—Ambos perecieron en la sangrienta batalla de El Topo, donde cayó también, cubierto de heridas y envuelto en la bandera de su batallón, el valiente Coronel Rafael Herrera. ¡Sombríos tributos á la magestad del Déspota en agraz, pero harto ya tinto en sangre!

La Revolución de La Noria no anduvo con fortuna. La primer intentona de Díaz, fué un aborto. Tampico, que inició, ó precedió la revuelta general, así como La Bufa, San Mateo, y El Topo, constituyeron una serie de fracasos sangrientos. En esta última acción de armas, á que nos referimos con anterioridad, sólo el Gral. Francisco Naranjo permaneció en el terreno. Soldados de ambos Ejércitos vestían lo mismo y se maldecían en el propio idioma: la *melee* fué espantosa.—El Coronel Revuelta, fugitivo, llegó á Monterrey con dispersos del 4 de Guanajuato: verdaderos bandidos, se entregaron á la matanza y el saqueo.....

Y eran *¡fuerzas federales!*.... ¡A tal punto había llegado la desmoralización en el Ejercito!

Pasaron 49 días.—El telégrafo, la prensa, el público rumor, anunciaban la muerte del gran Juárez, ¡á tiempo que la primer revolución de Díaz agonizaba!.....

En este punto de nuestro trabajo, un paralelo entre D. Benito Juárez y D. Porfirio Díaz, resultaría inoportuno, pues que aún no hemos terminado la narración de las acciones de éste como revolucionario, ni su labor como gobernante. Pero, séanos permitido anticiparnos á los sucesos por algunos momentos, y comparar á la ligera al grande hombre que se hundía en el " sueño sin sueños de la muerte," con el que quedaba en pie: taciturno, inmóvil, meditativo ante su sepulcro: pero sin deponer más que en apariencia, su actitud guerrera.

Juárez, en 1871, y Díaz, en 1896, se asientan sobre un mismo pedestal: una voluntad de acero. Los ayuda un mismo agente negativo reaccionado en activo: el temor de un cambio; y la inercia, ó la costumbre, si se quiere, mantienen á ambos en sus puestos. Juárez cede á la insinuación de sus amigos y se presenta como candidato á la reelección; porque ya antes ha cedido, inconscientemente, á sí mismo. Es un engañado de buena fe, que ha confundido la voz del pueblo con el anhelo de un propósito aún no realizado y que así pudiera expresarse: "un día más, una hora más, y acabaré mi obra: mi obra de redención, mi grande obra, mi obra buena." Nadie ha engañado á Díaz, ni él se ha engañado á sí mismo. Sus actos, en este sentido, se sintetizan en la célebre frase de Tiberio: "que tras de mi arda la tierra." Díaz bien sabe lo que habrá tras de él; y sabe que, en nuestra historia, su Administración se encerrará en un marco:—paisaje extraño de verdes prados y lagos cristalinos, desarrollado entre ríos de sangre.—Ese será su apoteosis, *esa* su gloria. ¡Así paga el acaudalado el honor de la vírgen—¡con días fugaces, pero brillantes; de aturdimiento voluptuoso, pero mendaz y efímero! No puede decirse que Diaz *necesitara* "dos años más," pegados á la reelección por las manos frías de sus más viles aduladores. ¿Para qué? ¿Quién ha visto cambio alguno, ó señal ligerísima de cambio en el Autócrata? ¿No fueron acaso posteriores, las elecciones en Coahuila y Yucatán? ¿No se vió en ellas la garra nervuda del Tirano? Digámoslo sin rodeos: hombres como Diaz, con dificultad, ó nunca evolucionan; se metamorfosean, pero en el sepulcro. La evolución presupone un *trabajo* previo, ó una fuerza psíquica obrando en dirección determinada, y se realiza en el sentido del trabajo. Por consiguiente, no se ve cómo el Autócrata pueda evolucionar sin violencia hacia la libertad y la democracia.

Sería para él una fortuna, una "compasión histórica" inexplicable, un agasajo desacostumbrado del destino, con

hombres de su clase. Y, sin embargo, ¿no es, acaso, Díaz, el prototipo del hombre de fortuna? ¿No le ha sonreído ésta, á cada paso, durante todo el curso de su vida?.....

Juárez, por el contrario, fué uno de aquellos luchadores, que han tratado con el destino como con un agiotista cruel, pagándole con carne y sangre cada uno de sus favores. Y cuando la entraña se debilitó, fué la caída!... ¡Ah, sí, la caída tremenda al abismo sin fondo de la eternidad!....—Cayó, se derrumbó el coloso después de una lucha de más de cuarenta años, tras de haber sacado á la patria ilesa de la Dictadura, del Golpe de Estado, de la Reforma y de la Intervención Francesa. Y terminó así jornada tan áspera, sin haber casi conocido un solo día de reposo. Para él no hubo "*paz octaviana*, para él no existieron los goces de un hogar tranquilo; porque no es hogar tranquilo, aquél en que se lloran las decepciones del mundo con silenciosas lágrimas, sobre el corazón del más querido de los seres.... Juárez fué un infortunado; como convenía que fuese. Era imposible que tal grandeza no estuviera amasada con dolores. No cabe en un mismo organismo de hombre ser tan grande y ser feliz. Por eso los genios se enferman, son desgraciados, ó mueren locos. No se comprende á Cristo, apaciblemente agonizando en artesonado cuvículo del *Palatium* de los Césares, tendido sobre perfumado lecho de limonero de Mauritania. En la antigüedad asesinaban á los hombres grandes, como Rómulo, y luego los convertían en dioses. En esas tragedias hay un humanismo espantoso. Para que la memoria de Sócrates nos sea cara y nos impresione, necesitamos recordarlo, nó acariciado por el elegante Platón, ni llorado por Critón, el linajudo, sino dirigiendo consoladoras frases de perdón á su verdugo, que disculpándose y lloroso le alargaba la cicuta.

Cuando Juárez murió, la República no supo darse cuenta de su desgracia. La atmósfera densa estaba todavía con el humo de recientes combates. Aun no aclaraba.....

Con todo, algo muy importante había acontecido: Don Sebastian Lerdo de Tejada era ya Primer Magistrado de la República.

¡Era el segundo en turno!

CONCLUSION

Al Sr. General Porfirio Diaz

Antípater, no encontrareis en mi un adulador
y un amigo al mismo tiempo.
FOCION, *General Ateniense.*

General:

Hierón, que fué tirano de Siracusa después de Gelón, se expresó alguna vez en estos términos: "nunca diré que viene en mala hora, el que venga á hablarme con franqueza." La palabra griega que significa franqueza, yo la substituiría por otra que indicara "sinceridad," ya que ésta serviría para expresar, en nuestro idioma, una intención más noble. Se puede ser franco sin ser sincero.

Sé perfectamente que mi libro no os será de todo punto grato: hace años que no os tendeis sobre la plancha en que la adversidad diseca espíritus y desgarra ciertas reputaciones, hijas del buen tiempo como las flores y las golondrinas. Muy alto estais colocado, y entre vos y la realidad de vuestra valía, la Adulacion ha tendido una nube sonrosada, que os sirve de tapiz, atmósfera y diván donde plácidamente os entregais á imaginaciones irreales. ¿Como pudiera mi voz débil penetrar las opacidades voluptuosas en que la adulación os aduerme? ¿Cómo llegaría hasta allí para deciros "¡despierta!" en nombre de vues-